

que viendo la reja de un arado en la morada de un Medinés, dijo á este último: «nunca semejante objeto entra en una casa sin que la «deshonra no entre con él.» (1) Pero desesperado de convertir á su doctrina á los mercaderes y á los nómadas de su propia raza, y creyendo su vida amenazada después de la muerte de su tío y su protector Abu-Talib, se vió reducido á olvidar sus prejuicios y aceptar apoyo de cualquiera parte que viniera. Recibió pues, con alegría, las insinuaciones de los árabes de Medina, para los cuales, las malas pasadas y las persecuciones que había sufrido de los Mequeses, eran su mayor recomendación y su mejor título.

El gran «juramento de Acaba» unió para siempre la suerte de los Medineses, á la de Mahoma. Rompiendo un lazo que los árabes respetan más que otro alguno, el Profeta se separó de su tribu, vino á establecerse en Medina con sus sectarios de la Meca que tomaron desde entonces el nombre de «refugiados,» desencadenó contra sus contributos la lengua mordáz de los poetas Medineses, y proclamó la guerra Santa. Animados por un celo entusiasta y menospreciando la

(1) Ibn-Khaldum, «Proleg» (XVII), p. 296.

muerte, porque estaban seguros de ir al Paraíso si eran muertos por los idólatras, los Aus y los Khazradj, confundidos entonces bajo el nombre de «defensores,» hicieron prodigios de valor. La lucha entre ellos y los paganos de la Meca, se prolongó durante diez y ocho años. En este intervale, el terror que las armas musulmanas difundían por todas partes, decidió á muchas tribus á que adoptasen la nueva creencia; pero las conversiones espontáneas, sinceras y durables, fueron pocas. En fin, la conquista de la Meca vino á poner el sello al poder de Mahoma. Los Medineses se habian prometido hacer pagar caro en este día á los orgullosos mercaderes su insoportable menosprecio. «Hoy es el día de la matanza; el «día en que nada será respetado,» había dicho el jefe de los Karzradj. La esperanza de los Medineses fué burlada: Mahoma quitó el mando á aquel jefe, y ordenó á sus generales la mayor moderacion. Los Mequeses asistieron silenciosos á la destruccion de los ídolos de su templo, verdadero panteon de la Arabia que encerraba 360 divinidades, adoradas por otras tantas tribus, y con la ira en el pecho, reconocieron en Mahoma el enviado de Dios; prometiéndose inte-

riormente, vengarse un día de estos rústicos, de estos judíos de Medina, que habían tenido la insolencia de vencerlos.

Después de la toma de la Meca, las tribus aun idólatras, pronto conocieron que ya la resistencia era imposible, y la amenaza de una guerra de esterminio les hizo adoptar el Islamismo, que los generales de Mahoma les predicaban con el Koran en una mano y la cimitarra en la otra. Una conversión bastante notable fué de los Thakif, tribu que habitaba en Taif, y que ántes habían arrojado á pedradas al Profeta. Por boca de sus enviados anunciaron que estaban dispuestos á hacerse musulmanes; pero á condicion de conservar á su ídolo Lat, durante tres años y de no orar. «Tres años de idolatría es demasiado, y ¿qué es una religion sin oraciones?» les dijo Mahoma; entónces los enviados redujeron su demanda, se regateó mucho tiempo, en fin, las dos partes contratantes se fijaron en condiciones tales como estas: los Thakif no pagarán diezmos, no tomarán parte en la guerra Santa, no se prosternarán durante la oracion; conservarán á Lat un año, y pasado este término no serán obligados á destruir este ídolo con sus propias manos. Sin embargo, Mahoma con-

servaba algunos escrúpulos; temía el qué dirán. «Que semejante consideracion no os «detenga,» le digeron entónces los enviados. «Si los árabes os preguntan porqué habeis «concluido semejante tratado, no teneis mas «que contestarles: «Dios me lo ordenó.»

Habiendo parecido al Profeta este argumento perentorio, se puso en seguida á dictar un acta que comenzaba así: «(En el nombre de Dios clemente y misericordioso: por «este acto ha sido convenido entre Mahoma «el enviado de Dios y los Thakif, que estos «no serán obligados ni á pagar diezmos—ni á «tomar parte en la guerra Santa....»

Habiendo dictado estas palabras, la vergüenza y los remordimientos impidieron proseguir á Mahoma. «Ni á prosternarse durante la oracion,» dijo entonces uno de los enviados. Y como Mahoma persistiera en guardar silencio: «escribe, es lo convenido, replicó el Thakifita, dirigiéndose al escribiente.» Este miró al Profeta de quien esperaba la órden. En este momento el fogoso Omar, testigo hasta entonces mudo de esta escena, tan ofensiva para el honor del Profeta, se levantó, y tirando de su espada: —Habeis mancillado el corazon del Profeta, dijo; que Dios abraze los vuestros con el fuego.

—No hablamos con vos, replicó el diputado Thakifita, sin inmutarse, sino á Mahoma.

—Bien, dijo entónces el Profeta: no quiero semejante tratado. Teneis que abrazar el Islamismo, pura y simplemente, y observar todos sus preceptos, sin escepcion; de lo contrario preparaos á la guerra.

—Por lo menos permitidnos guardar á Lat todavía, durante seis meses, dijeron los Thakifitas, contrariados.

—No.

—Durante un mes siquiera.

—Ni durante una hora.

Y los enviados volvieron á su tribu acompañados de soldados musulmanes que destruyeron á Lat, en medio de las lamentaciones y de los gritos de desesperacion de las mugeres. (1)

Y sin embargo, esta estraña conversion fué la mas durable de todas. Cuando mas tarde la Arabia entera, abjuró el Islamismo, los Thakifitas le permanecieron fieles.—¿Qué debe pensarse pues, de las otras conversiones?

Para apostatar solo se esperaba la muerte de Mahoma. Muchas provincias no tuvieron

(1) Sprenger, «Life of Mohammed,» p. 186; Causin, t. III, p. 228.

ron paciencia para tanto; las nuevas de su enfermedad bastaron para hacer estallar la revolución en el Nadjad, en el Yemana y en el Yemen. Cada una de estas tres provincias tuvo su pretendido profeta, émulo y rival de Mahoma, quien supo en su lecho de muerte, que el jefe de la insurrección del Yemen Achala el negro, señor que juntaba á inmensas riquezas una elocuencia arrebatadora, había arrojado á los empleados musulmanes y se había apoderado de Nadjran; de Sana, de todo el Yemen en fin.

Así vacilaba ya el inmenso edificio cuando Mahoma lanzó el último suspiro. (632) Su muerte fué la señal de una insurrección formidable y casi universal. Donde quiera, los insurgentes llevaban la mejor parte; todos los días se veían entrar en Medina empleados musulmanes, refugiados y defensores arrojados por los rebeldes de sus distritos, y las tribus mas próximas se preparaban á sitiar á Medina.

Digno sucesor de Mahoma, y lleno de confianza en los destinos del Islamismo, el Califa Abu-Becre no vaciló un momento, en medio de la gravedad del peligro. No tenía ejército. Fiel á la voluntad de Mahoma, lo había enviado á la Siria, apesar de las re-

clamaciones de los musulmanes, que previendo los riesgos que les amenazaban, le habian suplicado dilatara esta espedicion. «No revocaré una órden dada por el Profeta,» habia contestado. «Aunque Medina quedara espuesta á la invasion de las fieras, esas tropas han de cumplir la voluntad de Mahoma.» Si hubiera consentido en transigir, hubiese podido comprar con algunas concesiones la neutralidad ó la alianza de muchas tribus de Nadjd, cuyos diputados vinieron á proponerle, que, si quería eximirlos del impuesto, continuarían rezando las oraciones musulmanas. Los musulmanes principales eran de opinion de no disgustar á estos diputados. Solo Ábu-Becre rechazó toda clase de transaccion, como indigna de la Santa causa que iban á defender. «La ley del Islamismo, dijo, es una é indivisible, y no admite distincion entre sus preceptos.» «Tiene él solo más fé que todos nosotros juntos, dijo entónces Omar.» Decía bien, el secreto de la fuerza y de la grandeza del primer Califa consistía en esto. Segun el testimonio del mismo Mahoma, todos sus discípulos habian dudado un instante antes de reconocer su mision, excepto Abu-Becre. Sin una originalidad bien caracterizada, sin ser

un grande hombre, era el hombre de la situación, poseía lo que en otro tiempo había dado á Mahoma la victoria, lo que faltaba á sus enemigos: una convicción inquebrantable.

Hubo poca union en el ataque de los insurgentes, que ya divididos entre sí, se degollaban unos á otros. Abu-Becre, que había hecho armar á todos los hombres que se hallaban en estado de combatir, tuvo tiempo de rendir á las tribus más vecinas. Luego, cuando las tribus fieles del Hidjaz hubieron suministrado su contingente de hombres y caballos, y volvió del Norte el ejército principal, trayendo de su expedición un botín considerable, tomó atrevidamente la ofensiva y dividió sus tropas en muchas divisiones, que poco numerosas al partir engrosaron en el camino por la reunion de una multitud de árabes á que el miedo ó la esperanza del despojo atrajeron á las banderas musulmanas. En el Nadjd, Khalid, tan sanguinario como intrépido, atacó las hordas de Toleha, que ántes «contaba por miles «los hombres en su ejército,» pero que esta vez, olvidando su deber de guerrero y no recordando más que su papel de profeta, esperaba léjos del campo de batalla, y en-



vuelto en su manto, inspiraciones del cielo. Por mucho tiempo las esperó en vano; pero cuando sus tropas comenzaron á huir recibió la inspiracion. «Haced lo que yo si podéis» gritó á sus compañeros, y saltando sobre su caballo escapó á rienda suelta. Aquel dia los vencedores no hicieron prisioneros. «Destruid á los apóstatas sin piedad, con el hierro, con el fuego, con todo género de suplicios!» hé aquí las instrucciones que Abu-Becre habia dado á Khalib.

Precedido de la fama de sus victorias y de sus crueldades Khalib, marchó contra Moselima, el profeta del Yemena, que acababa de derrotar dos ejércitos musulmanes, uno en pós de otro. La pelea fué terrible. Al principio los insurrectos llevaron ventaja; penetrando hasta la misma tienda de Khalib. Sin embargo, este general logró rechazarlos á la llanura que separaba entrambos campos. Despues de muchas horas de tenáz resistencia, los insurgentes fueron derrotados en todas partes. ¡Al campamento! ¡al campamento! gritan, y se retiran á un vasto recinto ceñido de un grueso muro, y defendido por una puerta sólida. Siguenlos los musulmanes, sedientos de sangre. Con una audacia inaudita dos de ellos escalan la muralla,

y se dejan caer en el interior para abrir la puerta. El uno acribillado de heridas sucumbe al instante; mas feliz el otro, coje la llave y la arroja por el muro á sus compañeros. Ábrese la puerta, y los musulmanes penetran como un torrente. Entónces comienza una horrible carnicería en esta palestra en que era imposible la fuga. En esta «Palestra de la muerte» los insurgentes en número de diez mil fueron degollados hasta el último.

Mientras que el feróz Kalib ahogaba así en torrentes de sangre, la insurreccion de la Arabia Central, otros generales hacian otro tanto en las provincias del Mediodía. En el Bahren el campamento de los Bacritas fué sorprendido durante una orgía, y ellos pasados á cuchillo. Sin embargo, algunos que tuvieron tiempo de huir, alcanzaron la orilla del mar y se refugiaron en la isla de Daren. Pronto los musulmanes vinieron á sitiarnos, y los degollaron á todos. Igual carnicería en el Oman y en el Mahra, en el Yemen y en el Hadhramot. Aquí los restos de las bandas de Aihela-el-Negro despues de haber pedido en vano cuartel al general musulman, fueron esterminados; allí el comandante de una fortaleza, no pudo obte-

ner, rindiéndose, mas que una promesa de amnistía para diez personas, el resto de la guarnicion perdió la vida; en otra parte, un camino entero quedó por mucho tiempo infestado por las emanaciones pútridas que exhalaban los innumerables cadáveres de los insurgentes.

Si estos mares de sangre no convencieron á los árabes de la verdad de la religion predicada por Mahoma, les hicieron reconocer al ménos en el Islamismo un poder irresistible, y en algun modo sobrenatural. Diezmados por la espada, llenos de terror y de asombro se resignaron á ser musulmanes, ó al menos á parecerlo, y el Califa para no dejarles tiempo de volver del susto, los lanzó de seguida sobre el imperio romano y la Persia, es decir, sobre dos estados fáciles de conquistar, porque estaban hacia mucho tiempo desgarrados por la discordia, enervados por la servidumbre, ó gangrenados por todos los refinamientos de la corrupcion. Inmensas riquezas y vastos dominios indemnizaron á los árabes de su sumision á la ley del Profeta de la Meca.

No se pensó ya en apostatar;—la apostasia era la muerte;—sobre este punto la ley de Mahoma era inexorable—mas tambien se

pensó rara vez en la piedad sincera, en el celo por la fé.—Por los medios mas horribles y más atroces se había obtenido la conversion aparente de los beduinos; era lo suficiente, era todo lo que se tenía derecho á esperar de parte de estos desgraciados, que habian visto perecer á sus padres, á sus hermanos y á sus hijos por la espada de Kkelb ó de otros piadosos verdugos émulos suyos. Por mucho tiempo las masas neutralizaron con su resistencia pasiva las medidas que tomaban los musulmanes fervientes para instruirlos; no conocian los preceptos de la religion, y no se cuidaban de conocerlos. Bajo el Califado de Omar un árabe anciano había convenido con un jóven que le cedería su mujer cada dos noches y que el jóven en cambio le guardaría su rebaño. Habiendo llegado á oídos del Califa este pacto singular, hizo comparecer á los dos hombres, y les preguntó si nó sabian que el Islamismo prohibía dividir su mujer con otro. Ellos juraron que no lo sabían. (1) Otro se había casado con dos hermanas: «No sabes, le preguntó el Califa, que la religion no permite hacer lo que has

(1) Abu-Ismael al-Bazri, «Fotuh as Cham,» página 238, 239.

hecho?—Nó, le respondió el otro: lo ignoraba completamente, y confieso que no veo nada de reprehensible en el acto que condenais. —El texto de la ley es sin embargo terminante.—Repudia en seguida una de las dos hermanas, ó te corto la cabeza.—¿Hablais seriamente?—Muy seriamente.—Pues es una religion detestable la que prohíbe semejantes cosas, y yo jamás he sacado de ella provecho alguno! El infelíz no presumía, tan grande era su ignorancia, que hablando así se esponia á ser decapitado como blasfemo, ó como apóstata. Un siglo despues, ninguna de las tribus árabes, establecidas en Egipto sabía aun lo permitido ni lo prohibido por el Profeta: se hablaba con entusiasmo de los antiguos tiempos, de las guerras y de los héroes del paganismo, pero ninguno hablaba de religion. (1) Hacia la misma época, los árabes acantonados en el nórte del África, estaban en el mismo caso, poco, más ó ménos. Estas buenas gentes bebían vino sin sospechar siquiera que Mahóma lo hubiera prohibido. Lo estrañaron mucho cuando los misioneros enviados

---

(1) Abu-Ismael al-Bazri, «Fotuh as Cham,» página 237.

por el Califa Omar II fueron á decírselo. (1) Había también musulmanes que no conocían del Corán más que las palabras: «En el nombre de Dios elemente y misericordioso.» (2)

¿Hubiera sido mayor el celo para la fé si los medios empleados para la conversión hubieran sido ménos execrables? Es posible, pero nó seguro. En todos tiempos ha sido sumamente difícil vencer la tibieza religiosa de los beduinos. En nuestros días los Wahabitas, secta rígida y austera que proscribe el lujo y las supersticiones con que el Islamismo se ha manchado con el trascurso del tiempo, secta que ha tomado por divisa «el Corán y nada más que el Corán,» como Lutero había tomado por la suya: «la Biblia y nada más que la Biblia,»—en nuestros días los Wahabitas han ensayado, pero en vano, arrancar á los beduinos de su indiferencia religiosa. Raras veces han apelado á la violencia, y si han encontrado devotos partidarios entre los árabes sedentarios, nó así entre los beduinos, que han conservado el carácter árabe en toda su pureza. Aunque convinieran en miras políticas con los novadores, aunque las tribus colocadas más inme-

(1) Abu-'l-mahasin, t. I, p. 343.

(2) Ibn-Adharí t. I, p. 34.

diatamente bajo la inspeccion de los Wahabitas, se vieran obligadas á observar con más exactitud los deberes religiosos, y aunque algunos de ellos, por su interés aparentasen un celo próximo al fanatismo— los beduinos no se hicieron por eso mas religiosos en el fondo, y tan luego como el poder de los Wahabitas fué anonadado por Mohammed-Álí, se apresuraron á dejar unas ceremonias que los aburrían en extremo. (1) «Hoy dice un viajero moderno, poca ó ninguna religion se encuentra en el Desierto: allí nadie se cuida de las leyes del Coran. (2)

Por lo demás, si los árabes aceptaron la revolucion como un hecho consumado, del que era imposible retroceder, no perdonaron á los que le habian realizado, ni menos se conformaron con la gerarquía social que de ella derivaba. La oposicion tomó, pues otro carácter, de lucha de principios se trocó en querrela personal.

Hasta cierto punto las familias nobles, es decir, aquellas que durante muchas generaciones habian estado á la cabeza de sus

---

(1) Noeldeke, «Geschichte des Qorans» página 204.

(2) Burckhardt pág. 160.

tribus, no sufrieron á consecuencia de la revolucion. Ciertó es que la opinion de Mahoma sobre la existencia de la nobleza habia vacilado. Ya predicaba la igualdad completa, ya reconocía la aristocrácia. Habia dicho: «No más soberbia pagana, no más orgullo fundado en los abuelos! Todos los hombres son hijos de Adan, y Adan fué formado del polvo: el más estimable á los ojos de Dios es el que lo teme más.» (1) Habia dicho tambien: «Los hombres son iguales como los dientes de un peine; la fuerza de la constitucion produce solo la superioridad de los unos sobre los otros. (2) Pero en cambio tambien habia dicho: «Los que eran nobles bajo el paganismo, quedan nobles bajo el islamismo, si ellos prestan homenaje á la verdadera sabiduría,» es decir, si se hacen musulmanes. (4) Así Mahoma tuvo alguna vez el capricho de abolir la nobleza pero no se atrevió ó no pudo hacerlo. Subsistió, pues la nobleza, á la cabeza de las tribus; porque Mahoma léjos de pensar en

---

(1) Burton, «Pilgrimage,» pag. 86, 109.

(2) Causin, t. III p. 231.

(3) Causin, t. III, p. 507.

(4) Ibn-Khaldun «Prolégomènes» (XVI), página 243.



hacer de los árabes una verdadera nacion, lo que hubiera sido imposible, conservó aquella organización que hizo emanar de Dios mismo, (1) y no viviendo más que para sí, cada una de estas pequeñas sociedades, solo de sí misma se ocupaba, no interesándose por otros negocios que los que les concernian. En la guerra formaban cuerpos separados, con bandera propia, que llevaba el jefe o el guerrero designado por él. (2) en las ciudades, cada tribu tenía su barrio (3) su caravanserrallo, (4) y hasta su cementerio. (5)

Verdad es que el derecho de nombrar jefe de tribu pertenecía al Califa; pero es necesario distinguir aquí entre el derecho y el hecho. En primer lugar, el Califa no podía dar el mando de una tribu más que á per-

(1) Véase El Coran, sur 49, vs. 13.

(2) Véanse los ejemplos que he citado en mis «Recherches» t. I, p. 87, nota 2.

(3) Véase el «Cartas» p. 25, Iztakhri, pág. 26, Ahmed ibn-abi-Jacub, «Kitab al-holdan» fól. 52 v. (artículo sobre Cufa.)

(4) Ahmed ibn-abi-Jacub, f. 64 v.: dja'ala licolli cabilatin mah-rasan.

(5) Ahmed ibn-abi-Jacub fól. 53. v.: wacanat licolli cabilatin djabbanaton to'rafo bihim wabirosaihim.

sona que formára parte de ella, porque los árabes obedecian á regañadiente á un «extrangero,» ó no le obedecian. Así Mahoma y Abu-Becre, conformándose casi siempre á esta costumbre, (1) investian con esta autoridad á aquellos hombres cuya influencia personalera ya reconocida; y bajo Omar se vé á los arabes exigir como derecho no tener por jefes más que contributos. Pero de ordinario las tribus elegian por sí sus jefes, (2) y el Califa se limitaba á confirmar su eleccion, uso que en el siglo presente ha sido observado tambien por el príncipe Wahabita. (3)

La antigua nobleza había conservado su posicion; pero sobre ella se levantaba otra. Mahoma, y sus dos inmediatos sucesores confiaron los puestos más importantes, tales como el mando de los ejércitos y el gobierno de las provincias á los antiguos musulmanes, á los Emigrados, á los defensores. (4) Así convenia, pues que eran casi

---

(1) Véanse los ejemplos en Ibn-Coteba. p. 121, Tabari, t. I, p. 80, t. II, p. 4.

(2) Véase Tabari, t. II, p. 206, 208, 210, 224.

(3) Véase Abu-Ismael al-Bazri, «Fotuh as-Cham,» p. 208, 209.

(4) Así es como debe entenderse la frase: «furlano se presentó con sus contributos á Omar, que

los únicos musulmanes sinceros, los únicos á los que pudieran confiarse el gobierno temporal y espiritual. ¿Qué confianza podía tenerse en jeques de tribus siempre poco ortodoxos y á veces ateos, como aquel Oyena, jeque de los Fazara, que decía: «Si Dios existiera yo le juraría por su nombre, que nunca he creído en él. (1) La preferencia concedida á los Emigrados y Defensores, era pues, legítima, pero no menos ofensiva para el orgullo de los jeques de tribu, que se veían postergados á ciudadanos, agricultores, á hombres salidos de la nada. Sus contributos que identificaban siempre su honor con el de su jefe, se indignaban igualmente, esperando con impaciencia una ocasión favorable para apoyar con las armas las pretensiones de aquellos y acabar con esos devotos que habían degollado á sus parientes.

Iguales sentimientos de envidia y de ódio implacable animaban á la aristocracia de la Meca, de que eran jefes los Omeyas. Ar-

---

«le dió el mando de su tribu,» frase que se encuentra en diversas ocasiones en Tabari, t. II, pag. 210. Véase también Abu-Ismael al-Bazri, «Fotuh as-Cham,» p. 45.

(1) Burckardt pg. 259.

(2) Véase Tabari, t. II, p. 164 y passim.

rogante y orgullosa veía con mal disimulado despecho que los antiguos musulmanes formaban exclusivamente el Concejo del Califa. (1) Ciertó es que Abu-Becre quiso hacerla tomar parte en las deliberaciones, pero Omar se opuso enérgicamente á este designio, y su opinion prevaleció. (2) Verémos ahora cómo esta aristocracia trató primero de apoderarse del mando, sin recurrir á la fuerza pero bien puede predecirse que si su tentativa se frustrara, habrá de encontrar fácilmente aliados contra Emigrados y Medineses, entre los jeques de las tribus beduinas.

P. C. Monumental de la Alhambra y General  
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

(1) Tabari, t. I, p. 110.

(2) Véase Abú-Ismael al-Bazri, p. 161, 162  
1. 3.

(3) Véase Abú-Ismael al-Bazri p. 37, 39.

---

### III.

El Califa Omar, herido de muerte por el puñal de un artesano cristiano de Cufa, habia nombrado en sus últimos momentos candidatos al imperio, á los seis compañeros mas antiguos de Mahoma, entre los que se distinguían Ali, Othman Zobair y Talha. Cuando Omar hubo lanzado su último aliento esta especie de cónclave se prolongó durante dos dias sin llegar á un acuerdo, pensando solo cada cual en hacer valer sus títulos y denigrar los de sus cólegas. Al tercer dia se convino en que uno de los electores que habia renunciado á sus pretensiones, nombrára Califa. Con gran disgusto de Ali, de Zobair y de Talha designó al Omíada Othman (644).

La personalidad de Othman no justificaba esta eleccion, verdad es, que rico y generoso había ayudado á Mahoma y á su secta con sacrificios pecuniarios; pero si á esto se añade que rezaba y ayunaba mucho, y que era la honradéz y la modestia misma, se han enumerado casi todos sus méritos. Su inteligencia, que no tuvo nunca gran altura, se encontraba ya debilitada por la edad, tenía setenta años, y su timidéz era tanta, que cuando subió á la cátedra por primera vez, le faltó el valor para comenzar su plática. «Comenzar es muy difícil,» murmuró suspirando, y se bajó.

Desgraciadamente para este viejo septagenario tenia una gran debilidad por su familia, y su familia era la aristocrácia de la Meca, que durante veinte años había insultado, combatido y perseguido á Mahoma. Bien pronto aquella lo dominó completamente. Su tio Hacam, y sobre todo Merwam, hijo de este último, gobernaron de hecho, no dejando á Othman mas que el título de Califa y la responsabilidad de medidas comprometedoras que ignoraba la mayor parte de las veces. La ortodoxia de estos dos hombres, sobre todo la del padre, era bastante sospechosa. Hacam no se convirtió hasta el

dia en que fué tomada la Meca, y luego habiendo revelado secretos que Mahoma le confiara, éste lo maldijo y lo desterró. Abu-Becre y Omar habian mantenido esta sentencia. Por el contrario Othman, después de haber levantado al reprobado su destierro, le dió cien mil monedas de plata y una tierra que no era de sus dominios, sino del Estado. Además nombró á Merwan su secretario y su visir, lo casó con una de sus hijas y lo enriqueció con el botin de África. Prontos á aprovecharse de la ocasion, otros omniadas, jóvenes tan inteligentes como ambiciosos, pero hijos de los más encarnizados enemigos de Mahoma, se apoderaron de los empleos más lucrativos, con gran satisfaccion de las masas, felices con cambiar viejos devotos, severos, rígidos, desapacibles y tristes, por caballeros alegres y divertidos; pero con gran disgusto de los musulmanes sinceramente religiosos, que experimentaban hácia los nuevos gobernadores de las provincias una invencible aversion. ¿Quien entre ellos no recordará con horror que Abu-Sofyán, padre de ese Moavía que Othman habia elevado al gobierno de toda la Siria, mandaba el ejército que batió á Mahoma en Ohod y el que le habia

asediado en Medina? Gefe principal de los de la Meca, no se sometió sino cuando vió su causa perdida, cuando diez mil musulmanes iban á degollarlo á él y á los suyos, y aun entónces respondió á Mahoma que le intimaba lo reconociese como el enviado de Dios: «perdona mi sinceridad, sobre este punto yo conservo todavía alguna duda. —Dá testimonio del Profeta ó tu cabeza vá á rodar,» se le dijo entónces, y solo bajo esta amenaza, Abu-Sofyán se hizo musulman. Un momento despues, tan corta era su memoria, había olvidado que lo era..... Y ¿quién no se acordaba de Hind, madre de Moawia, de aquella mujer atróz que se había hecho con las orejas y las narices de los musulmanes muertos en la batalla de Ohod, collar y brazaletes, que había abierto el vientre de Hamza, tio del Profeta, arrancándole la hiel que había despedazado con sus dientes? El hijo de tal padre y de tal madre, el hijo de la «comedora de hígado,» como se la llamaba, podía ser un sincero musulman? Sus enemigos negaban á voz en grito que lo fuera.

En cuanto al gobernador de Egipto (1)

---

(1) Abdallah ibn-Sad ibn-Alí-Sarh.



hermano de leche de Othman, era peor todavía. Su bravura no era contestable, pues había batido al gobernador griego de la Numidia y obtenido una brillante victoria sobre la armada griega, muy superior á la suya; pero había sido secretario de Mahoma, y cuando el Profeta le dictaba sus revelaciones, cambiaba las palabras desnaturando el sentido. Habiéndose descubierto este sacrilegio emprendió la fuga, y volvió á la idolatría. El día de la toma de la Meca, Mahoma había ordenado á los suyos matarle, aunque se hallare debajo de los velos que cubrían el templo. El apóstata se puso bajo la protección de Othman, quien lo llevó al Profeta, solicitando su perdón. Mahoma guardó un prolongado silencio.... «Le perdono, dijo al fin; pero cuando Othman se hubo retirado con su protegido, lanzando Mahoma á los que le rodeaban miradas de cólera, les dijo: «¿por qué se me comprende tan mal? guardaba silencio para que uno de vosotros se levantara y matara á ese hombre....» Y ahora era gobernador de una de las más hermosas provincias del imperio.

Walid, hermano uterino del anciano Califa, era gobernador de Cufa; domó la rebe-

lion de Adzerbaijan, cuando esta provincia trató de recobrar su independencia; sus tropas reunidas á las de Moawia, tomaron á Chipre y á muchas ciudades del Asia menor; toda la provincia alababa la sabiduría de su gobierno, (1) pero su padre Oeba había escupido en el rostro á Mahoma; en otra ocasion pretendió estrangularlo; luego, hecho prisionero por Mahoma, y condenado á muerte por él, había exclamado: «¿quién recojerá á mis hijos cuando muera? El Profeta le respondió:—«El fuego del infierno.» Y su hijo, «el niño del infierno,» como se le llamaba, parecía haberse propuesto justificar esta prediccion. Una vez, despues de una cena, que alegrada con el vino y la presencia de hermosas cantarinas, se había prolongado hasta el clarear del alba, oyó al muecin anunciar desde lo alto del minarete la hora de la oracion matutina. Turbada aun la cabeza con los vapores del vino y sin otro vestido que su túnica, fué á la mezquita y recitó, mejor que pudiera esperarse la oracion acostumbrada, que por lo demás no dura más que tres ó cuatro minutos, mas cuando la terminó, preguntó á la reunion,

---

(1) Véase Wal, Geschichte del Chalifen t. I, página 171, nota 2.

probablemente para demostrarle que no había bebido demasiado: «quereis otra?» — Por Dios, gritó entonces un piadoso musulman que se hallaba detrás de él en primera fila: no esperaba otra cosa de un hombre como tú, pero no pensé que se nos enviára de Medina semejante gobernador; y en seguida comenzó á desempedrar la Mezquita. Su ejemplo fué proseguido por los concurrentes, que participaban de su celo. y Walid, para no ser apedreado, tuvo que volver precipitadamente á su palacio, donde entró con paso vacilante, recitando estos versos de un poeta pagano: «Podeis estar seguros de encontrarme donde haya vino y cantadoras que no soy duro pedernal insensible á las cosas buenas.» El gran poeta Hotaia parece haber encontrado la aventura muy graciosa. «El dia del juicio, dice en sus versos «Hotaia, podrá certificar que Walid no merece en ningun modo la censura con que se le abruma, qué ha hecho despues de todo? Terminada la oracion, dijo, «quereis más?» Es que estaba un poco alegre y no sabía lo que decía. ¡Afortunadamente detuvieron, Walid! Á no ser por esto hubieras crezado hasta la consumacion de los siglos.» Verdad es que Hotaia, aunque poeta de pri-

mer orden, no era despues de todo más que un impío, que abrazó y adjuró sucesivamente la fé musulmana. (1) Hubo, sin embargo en Cufa un pequeño número de personas que pagadas acaso por los santos varones de Medina, no pensaron como él. Dos de ellos marcharon á la capital para acusar á Walid. Othman rehuyó al principio escuchar su denuncia, pero intervino Alí y Walid fué destituido de su gobierno con gran disgusto de los árabes de Cufa. (2)

No era la eleccion de gobernadores el único reproche que el partido piadoso echaba en cara al anciano Califa: reprochábale además haber maltratado á muchos compañeros del Profeta, haber renovado una costumbre pagana abolida por Mahoma y pensaren trasladar su residencia á la Meca, pero lo que menos le perdonaba era la nueva redaccion del Coran hecha por orden suya, no por los hombres más instruidos, (pues hasta aquél que Mahoma habia designado como el mejor «dector» del Coran fué extraño á ella,) sino por los que le eran más adictos, y pretender

(1) Véase sobre Hotaia la nota de M. Causin, «apud» de Slane, traduccion inglesa de Ibn-Kallikan, t. I, p. 209.

(2) Mazudi, man. 127, p. 185; «al-Mokhtar min nawadir al-akhbar» man, de Leiden 495, fol. 28 v.

sin embargo, que esta redaccion era la única buena, habiendo ordenado quemar todas las restantes.

Resueltos á no tolerar por más tiempo semejante estado de cosas, los antiguos competidores de Othman, Alí, Zobair y Talha que gracias al dinero destinado á los pobres que se habian apropiado, se habian enriquecido tanto que no contaban sino por millones, (1) sembraban oro á manos llenas á fin de suscitar revueltas en todas partes. Sin embargo no lo consiguieron mas que á medias, hubo aquí y allí algunos levantamientos parciales, pero las masas permanecieron fieles al Califa. En fin, contando con la voluntad de los Medineses, los conspiradores hicieron ir á la capital algunos centenares de esos beduinos de estatura colosal y de rostro cetrino, que se hallaban siempre dispuestos á asesinar hasta á su padre por dinero. (2) Los que se apellidaban vengadores de la religion ultrajada despues de haber maltratado al Califa en el templo, llegaron á sitiario en su palacio que solo estaba defendido por quinientos hombres,

---

(1) Véase Weil, t. I, p. 166.

(2) Véase Tabarí, t. II, p. 250, 252.

esclavos la mayor parte, mandados por Merwan. Esperábase que Othman renunciaría voluntariamente al trono; esta esperanza fué defraudada: creyendo que no se atreverían á atentar á su vida, ó contando con el socorro de Moawia, el Califa desplegó una gran firmeza. Fué, pues, preciso recurrir á los medios extremos. Despues de un asedio de muchas semanas, los bandidos penetraron por una casa contigua y degollaron al anciano octogenario que leia entónces piadosamente el Coran, y para coronar su obra saquearon el tesoro público. Merwan y los demás Omiadas tuvieron tiempo de escapar. (656)

Los Medineses, los Defensores (porque este título pasó de los compañeros de Mahoma á sus descendientes<sup>4</sup>), dejaron hacer y la casa por donde los asesinos penetraron en palacio pertenecía á los Beni-Hazm, familia de los Defensores, que se señaló más adelante por su ódio contra los Ommeyas. Esta neutralidad intempestiva bastante parecida á la complicidad, le fué duramente reprochada por su poeta Hassan-Ibn-Thábit, decidido partidario de Otham y temeroso con razon de que los Omniadas vengasen en sus contributos la muerte de su pariente.

«Cuando el venerable anciano vió levantarse á la muerte delante de sí, los Defensores no hicieron nada para salvarlo. ¡Ay! que bien pronto vá á resonar en nuestras moradas el grito de: Dios es grande! Venganza, venganza á Othman! (1)

Elevado Alí al Califado por los Defensores, destituyó á todos los gobernadores de Othman, y los reemplazó con musulmanes de antigua estofa, con Defensores sobre todo. Triunfaban los ortodoxos, iban á recobrar el poder y á anodadar á los nobles de las tribus y á los Omniadas, esos convertidos de ayer, que creían ser los pontífices y los doctores de mañana.

Poco duró su regocijo; la division estalló en el mismo cenáculo. Comprando á los asesinos de Othman, cada uno de los triunviros había contado con el califato. Engañados en sus esperanzas Talha y Zobair despues de haber sido obligados, puñal al pecho, á prestar juramento á su feliz competidor, dejaron á Medina para juntarse á la ambiciosa y pérfida Aixa, viuda del Profeta, que ántes había conspirado contra Othman, pero que escitaba ahora el pueblo á vengar-

---

(1) Mazudi, p. 194; Ibn-Badrún, p. 148

le y á levantarse contra Alí, á quien odiaba con toda la intensidad del orgullo herido, porque una vez en vida de su esposo se había atrevido á dudar de su virtud.

Cuál sería el resultado de la lucha que se iba á empeñar? Ninguna prevision bastaba para adivinarlo. Los confederados no tenían sino un escaso número de soldados; Alí no contaba bajo sus banderas mas que á los asesinos de Othman y á los Defensores. Era la nacion quien debía pronunciarse por uno de los dos partidos.

Y la nacion permanecía neutral. Á la noticia del asesinato del buen anciano, un grito de indignacion resonó en todas las provincias del vasto imperio, y si hubiera sido menos conocida la complicidad de Zobair y de Talha, acaso estos hubieran podido contar con la simpatía de las masas, ya que pretendian castigar á Alí. Pero su participacion en este crimen no era un misterio para nadie. «Será pues preciso, respondieron los árabes á Talha, en la Mezquita de Basora, será preciso enseñarte la carta en que nos escitabas á levantarnos contra Othman. Y tú, dijeron á Zobair, no has inducido á la rebellion á los habitantes de Cufa?» Apenas hubo, pues, quien qui-



siera batirse por ninguno de estos dos hipócritas á quienes confundian en su comun desprecio. Esperando, procuraban conservar cuanto fuera posible el estado de cosas establecido por Othman y los gobernadores nombrados por él. Cuando el oficial á quien Alí habia dado el gobierno de Cufa, quiso presentarse en su destino, salieron á su encuentro los árabes de esta ciudad y le declararon sin rodeos que exigian el castigo de los asesinos de Othman, que pensaban conservar al gobernador que tenian, y que á él le romperian la cabeza si no se marchaba al momento. El Defensor que debia gobernar la Siria fué detenido por algunos caballeros en la frontera. «Á qué vienes aquí?» le preguntó el jequé.—Á ser tu amigo.—Si es otro que Othman quien te envía, lo mejor que puedes hacer es volver pies atrás.—Acaso se ignora aquí lo que há pasado en Medina?—Lo sabemos perfectamente, y por eso te aconsejamos volverte por donde has venido.» El Defensor fué lo bastante prudente para aprovecharse del consejo.

En fin, Alí halló amigos de accidente, servidores de ocasion entre los árabes de Cufa que ganó á su causa no sin trabajo, prome-

tiéndoles establecer en esta ciudad su residencia, elevándole así al rango de capital del imperio. Con sus auxilios ganó «la batalla del camello» que le libró de sus competidores; Talha fué herido de muerte, Zobair asesinado en la fuga y Aixa solicitó y obtuvo su perdon. Fué principalmente á los Defensores que formaban la caballería, á quienes se atribuyó el honor de esta victoria.

(1) Desde entonces quedó Alí dueño de la Arabia, del Irac y del Egipto, lo que quiere decir que su autoridad no era declaradamente desobedecida en estas provincias; pero si se le servía era con una frialdad extrema y una evidente aversion. Los árabes del Irac, cuyo concurso le importaba más, sabian siempre encontrar pretextos para no marchar cuando se les ordenaba: en invierno hacía demasiado frio, en verano demasiado calor. (2)

Solo la Siria rehusaba constantemente reconocerle. Aunque Moawia hubiera querido no hubiese podido hacerlo sin mancillar

---

(1) Véase al mismo Mazudi, p. 204-206

(2) Palabras del mismo Alí, hablando á los árabes del Irac («apud» Reiske, notas sobre Abulfeda, t. I, p. 67.)

su honor. Aun hoy dia el Fellah egipcio tan degenerado y oprimido como está, venga la muerte de su padre, mas que sepa ha de pagar con la cabeza (1) su venganza. ¿Podia, pues, Moawia dejar impune el asesinato de aquél cuyo abuelo era hermano del suyo? Podia someterse á el hombre que contaba entre sus generales los asesinos? Y sin embargo, no le arrastraba la voz de la sangre, sino una ardiente ambicion. Á quererlo hubiera podido salvar acaso á Othman, marchando con un ejército en su ayuda. Pero de qué le hubiera servido esto? Salvado Othman, hubiera quedado como estaba, gobernador de la Siria. El mismo lo ha confesado: desde que el Profeta le dijo: «si obteneis el gobierno conduciros bien;» no habia tenido más fin, más cuidado, ni más pensamiento que obtener el califato. (2) Ahora le favorecian admirablemente las circunstancias; despues de haberlo esperado todo á todo podia atreverse. Su designio iba á cumplirse: no mas temor, no mas escrúpulo, tenia á su disposicion una justa causa, y podia contar con los árabes de la Siria, suyos en cuerpo y alma. Cortés,

(1) Burckardt pg. 178.

(2) Nawawi, p. 565.

amable, generoso, conoedor del corazon humano, dulce ó severo, segun las circunstancias, habia sabido conciliarse su respeto por sus cualidades personales. Habia además entre ambos comunidad de miras, sentimientos é intereses. Entre los Sirios el Islamismo habia quedado letra muerta, una fórmula vaga y confusa, cuyo sentido en ningun modo trataban de profundizar; repugnaban los deberes y los ritos que impone esta religion, profesaban odio inveterado á los nuevos nobles que no tenían otros títulos para mandarlos, que el de haber sido compañeros de Mahoma, y echaban de ménos la preponderancia de los jeques de tribu. Si los hubieran dejado, hubieran caido sobre las dos ciudades santas para saquearlas, incendiarlas y pasar sus habitantes á cuchillo. El hijo de Abu-Safyan y de Hind, participaba de sus deseos, de sus aprensiones, de sus resentimientos y de sus esperanzas. Hé aquí la verdadera razon de la simpatía que reinaba entre súbditos y príncipe, simpatía que se mostró de una manera conmovedora cuando Moawia, despues de un largo y glorioso reinado, exhaló el último suspiro y fué preciso tributarle los últimos honores. El emir á quien Moawia habia con-

fiado el mando hasta que Yezid, heredero del trono llegara á Damasco, ordenó que el féretro fuera llevado por los parientes del ilustre difunto; pero cuando el dia de los funerales comenzó á desfilarse el cortejo, dijeron los sirios al emir: «mientras que vivió el «Califa hemos tomado parte en todas sus «empresas; nuestros han sido sus gozes y «sus penas. Permitidnos pues, que tam- «bien ahora reclamemos nuestra parte.» Y cuando el emir accedió á su peticion, todos quisieron tocar, aunque no fuera mas que con la punta de los dedos la caja en que descansaban los restos mortales de su amado príncipe, tanto, que desgarraron el paño mortuario. (1)

Desde los primeros pasos Alí pudo convencerse de que los sirios hacian suya la causa de Moawia, «cada dia, le decian, vienen cien mil hombres á la Mezquita á llorar sobre la túnica ensangrentada de Othman, y todos han jurado vengarle de tí.» Seis meses habian pasado desde el asesinato, cuando Alí, vencedor en la «batalla del camello», intimó la sumision á Moawia, por última vez. Este, enseñando la túnica ensangrentada á los árabes reunidos en la

(1) «Raihan,» fól. 200 r.

Mezquita; les pidió su parecer. Mientras habló se le escuchó con un silencio respetuoso y solemne; cuando hubo concluido, uno de los nobles tomando la palabra en nombre de todos le dijo con esa deferencia que viene del corazón: «Príncipe, á tí te toca «aconsejar y mandar; á nosotros obedecer y «óbrar.» En seguida se publicó por todas partes esta orden: «que todo individuo que «se halle en estado de tomar las armas, «marche sin demora á alistarse en sus banderas, y el que á los tres días no se presente en su puesto sea castigado con pena capital.» Ninguno faltó al llamamiento. El entusiasmo fué general y era sincero; íbase á combatir por una causa verdaderamente nacional. La Siria sola suministró más soldados á Moawia, que dieron á Alí todas las otras provincias juntas. Este comparaba con dolor el celo y la lealtad de los Sirios á la tibia indiferencia de sus árabes del Irac. «Cambiaría de buena gana diez de vosotros por uno de los soldados de Moawia. (1) Por Dios! ha de triunfar el hijo de la comedora de hígadol (2).

Parecía que la diferencia debía ventilarse

---

(1) Mazudi, man 537 «d.» fól. 159 r.

(2) Weil, t. I, p. 217, en la nota.

con la espada en las llanuras de Cifin, en la orilla occidental del Eufrates. Sin embargo, desde que los dos ejércitos enemigos se encontraron frente á frente, pasaron muchas semanas en negociaciones infructuosas y en escaramuzas, que aunque sangrientas, no produjeron resultado alguno. Por ambas partes se evitaba todavía un combate general y decisivo. En fin, cuando fracasó toda tentativa de avenencia, se dió la batalla. Los antiguos compañeros de Mahoma combatieron en esta ocasion con la misma rabia fanática que cuando forzaban á los beduinos á elegir entre el Mahometismo y la muerte. Á sus ojos, los árabes de Siria eran verdaderamente paganos. «Os lo juro, decia Ammar, nonagenario entónces; nada podrá ser mas meritorio delante de Dios que combatir á esos impíos. Si sus lanzas me matan moriré mártir de la verdadera fé. Seguidme compañeros del Profeta! Las puertas del cielo se abran para nosotros, las hurís nos esperan.» (1) Y lanzándose en lo más recio de la pelea, combatió como un leon hasta que espiró acribillado de heridas. Por su parte los árabes del Irac, viendo que

---

(1) Weil, t. I, p. 225.

se trataba de su honor combatieron mejor de lo que se hubiera creído, y la caballería de Alí dió una carga tan vigorosa que los Sirios perdieron terreno. Viendo la batalla perdida, Moawia ponía ya el pié sobre el estribo para emprender la fuga, cuando se le acercó Amir hijo de Aci.

—Y bien, le dijo el príncipe, tú que te vanaglorias de saber salir siempre de un apuro, has hallado algún remedio á la desdicha que nos amenaza? Acuérdate que te he prometido el gobierno del Egipto en caso de que triunfara, y dime lo que debo hacer. (1)

—Preciso es, le respondió Amir, que mantenía inteligencias en el ejército de Alí, preciso es ordenar á los soldados que tengan un ejemplar del Coran, que lo aten á la punta de sus lanzas, y vos diréis al mismo tiempo que apelais á la decision del libro. El consejo es bueno, yo os respondo de ello.

\* En la hipótesis de una derrota eventual, Amir habia concertado ántes esta escena teatral con muchos gefes del ejército enemigo, (2) de los cuales el principal era

---

(1) Raihan, fol. 917, Mazudi, fól. 131 r.

(2) Véase á Weil, t. I, p. 284.



Achath, el hombre mas péfido de esta época. No tenía motivo para estar demasiado ligado al Islamismo ni á sus fundadores; este Achath que cuando era todavía pagano y gefe de la tribu de Kinda llevaba orgullosamente el título de rey, y cuando hubo abjurado el Islamismo bajo Abu-Becre, vió á los musulmanes cortar la cabeza á todos los que guarnecían su fortaleza de Noadjair.

Moawia siguió el consejo que le había dado Amir, y ordenó atar los Coranes á las lanzas. El santo libro era escaso en aquel ejército de ochenta mil hombres; apenas se hallaron quinientos ejemplares. (1) Pero bastaba á los ojos Achath y de sus amigos que, cercado al Califa le dijeron:—Nosotros aceptamos la decision del libro de Dios, queremos una suspension de armas!

—Es un ardid, un lazo infame dijo Alí temblando de indignacion; acaso saben lo que es el Coran esos Sirios que violan sin cesar sus mandamientos.

—Pero puesto que combatimos por el libro de Dios, es fuerza que no le recusemos.

—Nos batimos para obligar á estos hombres á someterse á las leyes de Dios; ellos

---

(1) Mazudi, fól. 181 r.

se han levantado contra el Omnipotente y arrojado lejos de sí su santo libro. Creéis que ese Moawia, y ese Amir, y ese «hijo del infierno» y todos los que lo siguen, creéis que se cuidan ellos de la religion del Coran? Yo los conozco mejor que tú, yo los he conocido cuando niños, y los he conocido cuando hombres, y hombres y niños fueron siempre unos malvados. (1)

—No importa, ellos apelan al libro de Dios y vos á la espada.

—Ay! bien veo que quereis abandonarme. Id, pues, id á juntar los restos de la coalicion formada en otro tiempo para combatir á nuestro Profeta! Idos á reunir con esos hombres que dicen: «Dios y su Profeta impos-tura y mentira!

—Enviad inmediatamente á Achtar (el general de caballería) la órden de batirse en retirada, si nó os espera la suerte de Othman. (2)

Conociendo que no retrocederian, caso de necesidad ante la ejecucion de esta amenaza Allí cedió. Dió la órden de retirada al general victorioso, que entre tanto perseguía á los enemigos, picándoles la retaguardia.

(1) Mazudi, fól. 232 r y v.

(2) Chahrastani, p. 85, 86.

Pero Achtar rehusó obedecer. Entónces comenzó un nuevo tumulto. Alí reiteró su órden. «Mas el Califa no sabe, contestó el «bravo Achtar que la victoria es nuestra? «Me obligará á volver atrás en el momento «mismo en que el enemigo vá á esperimen- «tar una completa derrota?—Y de qué serviría tu victoria? le respondió uno de los mensajeros árabes del Irac, si Alí fuera muerto entretanto?

Á despecho suyo, el general mandó tocar retirada.

Este dia, el ex-rey de los Kínda pudo saborear las dulzuras de la venganza; él fué el que comenzó la ruina de aquellos piadosos musulmanes que le habian despojado de su monarquía, y degollado á sus contributos en Nodjair. Alí lo envió á Moawia para preguntar á este cómo entendía que la discordia se había de decidir por el Coran. «Alí y yo, respondió Moawia nombraremos un árbitro cada uno. Estos dos árbitros decidirán, segun el Coran cuál de nosotros tiene más derecho al califato: «en cuanto á mí, elijo á Amr hijo de Ací.»

Cuando Achath hubo trasmitido esta respuesta á Alí, este quiso nombrar á su primo Abdallah hijo de Abbás. No se le permitió:

este próximo pariente será demasiado parcial. Después cuando Alí propuso á su bravo general Achath: Quién sino él lo ha puesto todo en combustion? dijeron. «No queremos, decia el pérfido Achath, no queremos mas árbitro que Abu-Muza.

—Pero este hombre me guarda rencor porque le he quitado el gobierno de Cufa, contestó Alí, me ha hecho traicion, ha impedido á los árabes del Irac seguirme á la guerra, cómo puedo confiarle mis intereses?

—No queremos mas que á ese, le contestaron, renovando las amenazas mas horribles.

En fin, Alí, cansado de la porfia dió su consentimiento.

Al punto, doce mil soldados abandonaron su causa, después de, haber intentado en vano, hacer que declarase nulo el tratado que se acababa de concluir, que consideraban un sacrilegio, pues que la decisión de la diferencia no pertenecía á los hombres, sino solo á Dios. Acaso habia traidores entre ellos, si es cierto como se asegura que Achath era de aquel número; mas la mayor parte eran «piadosos lectores del Coran,» muy devotos de la religion, muy ortodoxos, pero que comprendian la ortodoxia de otro modo que Alí y la nobleza medinesa. Indig-

nados hacía mucho tiempo, de la depravación y de la hipocresía de los compañeros de Mahoma, que se servían de la religión como medio para realizar sus proyectos de ambición mundana, estos «no-conformistas,» (1) habían resuelto separarse de la iglesia oficial á la primera ocasión. Republicanos y demócratas en religión como en política, y moralistas austeros pues que asimilaban el pecado grave á la incredulidad, presentan muchos puntos de contacto con los «Independientes» ingleses del siglo XVII, con el partido de Cromwel. (2)

El árbitro nombrado por Alí, fué engañado por su colega, según unos; según otros, engañó á su señor. Sea lo que quiera, la guerra volvió á comenzar. Alí experimentó desgracia sobre desgracia, revés sobre revés. Su feliz rival le quitó primero el Egipto, luego la Arabia. Dueño de Medina, el general sirio dijo desde el púlpito: «Ositas «y Kazradjitas! ¿Dónde está ahora el venerable anciano que ocupaba este lugar?..... «Por Dios! Si no temiera la cólera de Moawia mi señor, no había de perdonar á nin-

(1) En árabe «Khawaridj»

(2) Mas adelante, tendremos ocasión de volver á ocuparnos de esta notable secta.

«guno de vosotros!... Prestad juramento á Moawia, sin segunda intencion, y os recibirá en su gracia.» La mayor parte de los Defensores estaban en el ejército de Alí; los demás se dejaron arrancar el juramento. (1)

Poco despues Alí pereció víctima de la venganza de una jóven no conformista, cuyo padre y hermano había hecho decapitar y que pedida en matrimonio por su primo exigió como precio de su mano, la cabeza del Califa. (661)

Su hijo Hasan fué el heredero de sus pretensiones al califato. Era poco á propósito para jefe de un partido: indolente y sensual, prefería una vida dulce, tranquila y opulenta, á la gloria, al poder y á los cuidados del trono. El verdadero jefe del partido fué desde aquí en adelante el Defensor Cais, hijo de Sad, hombre de colosal estatura, de formas atléticas, tipo magnífico de la fuerza material, y que se había distinguido en cien batallas, por su gran valor. Su piedad era ejemplar: en ocasiones cumplía sus deberes religiosos con peligro de su vida. Un dia que se inclinaba haciendo oracion, vió una gran serpiente en el sitio

---

(1) Weil, t. I, p. 246.

en que iba á poner la cabeza. Demasiado escrupuloso para interrumpir su plegaria, la continuó, colocando tranquilamente la cabeza al lado del reptil. La serpiente le rodeó el cuello, pero sin hacerle daño. Cuando concluyó su rezo, cogió la serpiente y la arrojó á lo léjos. (1) Este devoto musulman odiaba á Morawia, no solo porque lo miraba como el enemigo de sus contributos en general, y de su familia en particular, sino tambien porque lo tenía por incrédulo, no habiendo nunca querido convenir en que Moawia fuese musulman. Estos dos hombres se detestaban tanto, que cuando Cais era todavía gobernador de Egipto por Alí, entablaron correspondencia únicamente para tener el gusto de injuriarse. El uno ponía á la cabeza de su carta: «Judío! hijo de judío!» y el otro le contestaba: «paganos, hijo de paganos! has adoptado el Islamismo á tu pesar, por miedo, pero lo has abandonado con plena voluntad. Tu fé, si tienes alguna, es de ayer, pero tu hipocresía es yá antigua.» (2)

Desde el principio Hasan disimuló muy mal sus intenciones pacíficas. «Tended la

(1) Mazudi, p. 278.

(2) Moballad, p. 304, 305; Mazudi, p. 277.

«mano, le dijo Caif, yo os prestaré juramento cuando háyais jurado ántes conformaros al libro de Dios como á leyes dadas por el Profeta y combatir á nuestros enemigos.— «Juro, respondió Hasan, conformarme á lo que es eterno, al libro de Dios y á las leyes del Profeta. Vos os obligaréis por vuestra parte á obedecermè, combatiréis á los que yo combata y haréis la paz cuando yo la haga.» Le prestó juramento, pero sus palabras habian producido muy mal efecto. «No es este el hombre que necesitamos, se decían, no quiere la guerra.» Para los Defensores todo estaba perdido si Moawia triunfaba. No tardaron en realizarse sus temores. Durante muchos meses, aunque Hasan pudo disponer de un ejército bastante considerable, permaneció inactivo en Madain; probablemente trataba ya con Moawia. Al fin envió á Cais hácia la frontera de Siria, pero con tan pocas tropas que el bravo defensor fué abrumado por el número. Habiendo llegado los fugitivos á Madain en el mayor desórden, maltrataron á Hasan que si no los había entregado al enemigo, jugaba por lo ménos un papel ambigüo. Entonces Hasan se apresuró á concluir la paz con Moawia, obligándose á no pretender



más el califato. Moawia le aseguró una magnífica pensión y prometió la amnistía á sus partidarios.

Todavía sin embargo, Cais contaba bajo sus órdenes cinco mil hombres, que á la muerte de Alí se habian afeitado la cabeza en señal de duelo. Con esta pequeña hueste quería continuar la guerra, pero no conociendo si sus soldados participaban de su ardiente entusiasmo les dijo: «si quereis seguirnos combatiendo y nos haremos matar hasta el último ántes de rendirnos, pero si quereis pedir «el aman» yo os lo procuraré: elegid.» Los soldados optaron por el aman. (1) Cais acompañado de sus principales contributos, marchó cerca de Moawia y pidió gracia para él y los suyos, recordándole las palabras del Profeta que en su lecho de muerte habia recomendado á los Defensores, á los otros musulmanes diciendo: «honrad y respetad á estos hombres «que han dado asilo al Profeta, y preparado el triunfo de su causa.» Al concluir su discurso, dió á entender que los Defensores se creerian dichosos si queria aceptar sus servicios, pues que á pesar de su devocion, á

---

(1) Abu-'l-mahasin; t. I, p. 113

pesar de su repugnancia á servir á un incrédulo, no podían conformarse con la idea de perder sus puestos elevados y lucrativos, Moawia respondió en estos términos: «No concibo. Defensores; qué títulos teneis á mis bondades. Por Dios! No habeis sido mis «mas encarnizados enemigos? ¿No sois vosotros los que en la batalla de Ciffin habeis estado á pique de causar mi ruina cuando vuestras refulgentes lanzas llevaban la «muerte á las filas de mis soldados? Las sátiras de vuestros poetas han sido para «mí otros tantos alfilerazos, y cuando Dios «ha afirmado lo que queriais destruir me «decís: «Respetad la recomendación del Profeta!» «(Nó, nosotros somos incompatibles.)» Herido en su orgullo Cais cambió de tono: «Nuestro título á vuestras bondades es, «dijo, el de ser buenos musulmañes, y á los «ojos de Dios esto basta; verdad es que los «que se coaligaron para combatir al Profeta, «tienen otros títulos para vos; no se los «envidiamos. Hemos sido vuestros enemigos, «es cierto, pero si hubiéseis querido, hubiérais podido evitar la guerra. Nuestros poetas os han perseguido con sus sátiras, bien «está; lo que han dicho de falso será olvidado; lo que han dicho de verdadero, que-

«dará. Vuestro poder se ha asegurado, lo sentimos. En la batalla de Cifin, cuando estuvimos á punto de causar vuestra pérdida, «combatíamos bajo la bandera de un hombre «que pensaba obrar bien obedeciendo á Dios. «En cuanto á la recomendacion del Profeta, «el que cree en él se conforma á ella, mas pues «que decís que hay incompatibilidad entre «nosotros, solo Dios podrá impedirnos ¡oh Moawia! hacer el mal en adelante.—Retiraos «al punto, le gritó el Califa indignado de «tanta audacia.» (1)

Los Defensores habian sucumbido. El poder volvía naturalmente á los jeques de tribu, á la nobleza antigua, y sin embargo, los sirios no estaban satisfechos; habian esperado saborear el placer de una venganza completa. La moderacion de Moawia no se lo permitió, pero ya llegará el dia en que se comienze de nuevo; ellos lo esperan, y cuando llegue, habrá un combate á muerte. En cuanto á los Defensores, el despecho, la cólera y la rabia les devoraban las entrañas. Mientras que viviera Moawia el poder de los Omeyas estaba demasiado sólidamente establecido, para que pudiesen

---

(1) Mazudi, p. 277, 278.

intentar nada; pero Moawia no era inmortal, y lejos de estar desalentados los Medineses se preparaban á nueva lucha.

En este intervulo de forzada inaccion, la tarea de los guerreros pasó á los poetas; por ambas partes el odio se exhalaba en sangrientas sátiras. Además se porfiaba sin cesar, había continuos chismes y vejaciones incesantes; los sirios y los príncipes Ommiadas no perdonaban ocasion de mostrar á los Defensores su odio y su menosprecio, y estos le pagaban en la misma moneda. (1)

El Monumento de la Historia y Geografía  
CONSEJERIA DE CULTURA

---

(1) Véase Raihan, fól. 138 139 r. «Nouveau Journ. asiat.» t. XII, p. 295-297; «Raihan» f. 139 r. y v. 140 r. Mazudi, 537 «d», fól. 141 r. y v.

---

## IV.

Moawia, ántes de su muerte había recomendado á su hijo Yezid que tuviera constantemente fijos los ojos sobre Hosain, hijo segundo de Alí (Hasam el primogénito había muerto), y sobre el emigrado Abdallah, hijo de aquel Zobair que había disputado el trono al yerno del Profeta. Estos dos hombres eran, en efecto, peligrosos. Habiendo Hosain tropezado con Abdallah en Medina, donde ambos vivian, le dijo: «tengo motivos fundados para creer que el Califa ha muerto:—¿Qué vés ha hacer en este caso? «le preguntó Abdallah.—Nunca, replicó Hosain, nunca reconoceré á Yezid por soberano; es un borracho, un libertino y tiene una pasion furiosa por la caza.» El otro

se calló, pero el pensamiento de Hosain era tambien el suyo.

Yezid I, no tenía ni la magnanimidad de su padre ni su respeto á las conveniencias ni su amor al ócio y á las comodidades. Era la fiel imágen de su madre, que como ella decía en hermosos versos, prefería el silbido de la tempestad en el desierto á la mejor música, y un pedazo de pan bajo la tienda, á los manjares esquisitos que la ofrecian en el soberbio palacio de Damasco. Educado por ella en el desierto de los Beni-Kelb, Yezib trajo al trono las cualidades de un jóven jeque de tribu, más bien que las de un monarca y un soberano pontífice. Menospreciando el fáusto y la etiqueta, afable con todo el mundo, (1) jovial, generoso, elocuente, buen poeta, amante de la caza, el viño, el baile y la música, tenía pocas simpatías por la fria y austera religion, de que el azar le había hecho jefe, y contra la que su abuelo había combatido inútilmente. La devoción, muchas veces falsa, la piedad muchas veces ficticia de los veteranos del Islamismo, repugnaba á su

---

(1) «Nullam umquam sibi regalis fastigia causa gloriam appetivit, sed cum omnibus civiliter. Isidoro de Beja, c. 18

franco natural, no disimulaba su predilección por el tiempo que los teólogos llamaban «de la ignorancia,» abandonábase sin escrúpulo á placeres prohibidos por el Coran; gustaba de satisfacer todos los caprichos de su espíritu fantástico y veleidoso, y no se reprimía por nadie.

Se le aborrecía, se le execraba en Medina;—en la Siria se le adoraba de rodillas. (1) Como de ordinario el partido de los antiguos musulmanes contaba jefes en abundancia, y carecía de soldados. Hosain, que despues de haber engañado la vigilancia del demasiado crédulo gobernador de Medina, se habia refugiado con Abdallah en el territorio sagrado de la Meca, recibió pues con extraordinaria alegría carta de los árabes de Cufa, que le instaban vivamente á ponerse á su cabeza, prometiendo reconocerle por Califa y hacer que declarara en su fa-

---

(1) «Vir nimium gratissime habitus.» Isidoro. Todo lo que dice este autor casi contemporáneo acerca de el carácter de los Omeyas es de gran interés, pues reproduce la opinión de los sirios establecidos en España, mientras que los escritores arábigos mucho menos antiguos por otra parte, juzgan por lo comun á estos príncipes con el criterio de los medineses. Véase tambien la elegía á la muerte de Yezid en Wright, «Opuscula Arábica,» p. 118, 119.

vor toda la poblacion del Irac. Los mensajeros de Cufa se sucedian rápidamente, el último era portador de una peticion monstruosa: las firmas que contenia no llenaban menos de ciento cincuenta fojas. En vano amigos previsores le suplicaban y le conjuraban que no se lanzára en tan audáz empresa, y que desconfiara de las promesas y del ficticio entusiasmo de unas gentes que habian engañado y hecho traicion á su padre: Hosain, enseñando con orgullo las innumerables peticiones que habia recibido, y que, como él decia, á un camelle le costaría trabajo trasportar, prefirió escuchar los consejos de su funesta ambicion. Obedió á su destino, partió para Cufa con gran contento de su pretendido amigo Abdallah; que incapaz de luchar en la opinion pública contra el nieto del Profeta, se regocijaba para sus adentros viéndole caminar voluntariamente á su perdicion, y llevar espontáneamente su cabeza al verdugo.

La devocion no entraba para nada en la adhesion que el Irac mostraba á Hosain. Esta provincia se hallaba en una situacion escepcional. Moawia, aunque originario de la Meca, habia fundado una monarquía



esencialmente siriaca. En su reinado, la Siria llegó á ser la provincia preponderante. Damasco fué desde entónces la capital del Imperio;—en el califado de Alí, Cufa habia tenido este honor. Heridos en su orgullo los árabes del Irac, mostraban desde luego un espíritu muy turbulento. muy sedicioso, muy anárquico, muy árabe en una palabra. La provincia llegó á ser la cita de todos los tramoyones políticos, el asilo de los ladrones y de los asesinos. Entónces Moawia confió su gobierno á Ziyad su hermano bastardo. Ziyad no contuvo las cabezas alborotadas, las cortó. No saliendo nunca sino rodeado de soldados, de agentes de policía y de verdugos, ahogaba con mano de hierro la menor tentativa de turbar el órden político ó social. Pronto «la mas completa su-  
«mision y la mayor seguridad reinaron en  
«la provincia;» pero al mismo tiempo, el mas horrible despotismo. Hé aquí porqué el Irac estaba pronto á reconocer á Hosain.

• Pero ya el miedo dominaba los ánimos, más de lo que los mismos habitantes de la provincia sospechaban. Ziyad no existía, pero habia dejado un hijo digno de él, que se llamaba Obaidallah. A éste fué á quien Yezid confió la tarea de sofocar la conspira-

cion en Cufa, pues que el gobernador de la ciudad Noman, hijo de Baxir, daba pruebas de una moderacion que parecia sospechosa al Califa. Saliendo de Basora á la cabeza de sus tropas Obaidallah, mandó hacer alto á alguna distancia de Cufa. Luego, habiéndose puesto un velo para ocultarse el rostro, entró en la ciudad al anochecer acompañado de sólo diez hombres. A fin de sondear los intentos de sus habitantes, habia apostado en su camino algunas personas que le saludaron como si fuera Hosain. Muchos vecinos de la nobleza le ofrecieron al punto hospitalidad, pero el supuesto Hosain desechó sus ofertas, y rodeado de una multitud tumultuosa que gritaba: viva Hosain, se fué derecho al castillo. Noman hizo cerrar las puertas precipitadamente. «Abrid, le dijo Obaidallah, á fin de que pueda entrar el nieto del Profeta.»—Volveos por donde habeis venido! le respondió Noman; preveo vuestra ruina y no quisiera que se pueda decir: «Hosain, el hijo de Alí, ha sido muerto en el castillo de Noman.» Satisfecho con esta respuesta Obaidallah se quitó el velo con que encubria el rostro. Reconociendo su fisonomía, la multitud se dispersó al punto llena de terror y espanto, mientras que Noman vino á salu-

darlo respetuosamente, suplicándole entrarse en el Castillo. Á la mañana siguiente Obaidallah anunció al pueblo reunido en la mezquita, que sería un padre para los buenos y un verdugo para los malos. Hubo una pequeña sedicion, pero fué reprimida; desde entónces nadie se atrevió á hablar mas de rebelarse.

El desdichado Hosain, supo estas fatales nuevas cerca de Cufa. Apenas llevaba consigo un centénar de hombres, parientes en su mayor parte; sin embargo continuó su camino, la loca y ciega credulidad, que parece ser como el sino de los pretendientes, no le abandonó: estaba convenido de que en llegando á las puertas de Cufa sus habitantes se armarían en su favor. Cerca de Kerdelá, se encontró frente á frente con las tropas que Obaidallah habia enviado á su encuentro, ordenándoles espresamente que lo trajesen muerto ó vivo. Obligado á rendirse parlamentó. El general de las tropas omeyas no cumplió sus órdenes, vacilaba. Era un Coreiscita, hijo de uno de los primeros discipulos de Mahoma, y le repugnaba la idea de verter la sangre de un hijo de Fátima. Pidió, pues, nuevas instrucciones á sus jefes haciéndoles saber las proposiciones de

Hosain. Habiendo recibido este mensaje el mismo Obaidallah tuvo un momento de duda. «Y qué, le dijo entónces Chamir noble de Cufa y general del ejército onmiada, árabe de los antiguos como su nieto, al que más tarde hemos de encontrar en España; la suerte ha puesto al enemigo en vuestras manos, y le vais á dejar ir? No, es preciso que se rinda á discrecion.»

Obeidallah dió la órden en este sentido al general de sus tropas; Hosain rehusó rendirse sin condiciones, y sin embargo, no se le atacó. Entónces Obeidallah mandó nuevas fuerzas con Chamir, á quien dijo: «si el coreiscita persiste en no querer pelear le cortarás la cabeza y tomarás el mando:» (1) Pero una vez llegado Chamir al campo, no dudó más el coreiscita, y dió la señal de ataque; en vano gritaba Hosain á sus enemigos: «si creéis en la religion fundada por mi abuelo, cómo podréis justificar vuestra conducta el dia de la resurreccion?» En vano hizo atar Coranes á las lanzas. Dada la órden por Chamir, se le cargó, espada en mano, y se le mató. Casi todos sus compañeros quedaron en el campo de batalla, des-

---

(1) Ibn-Badrún p. 164.